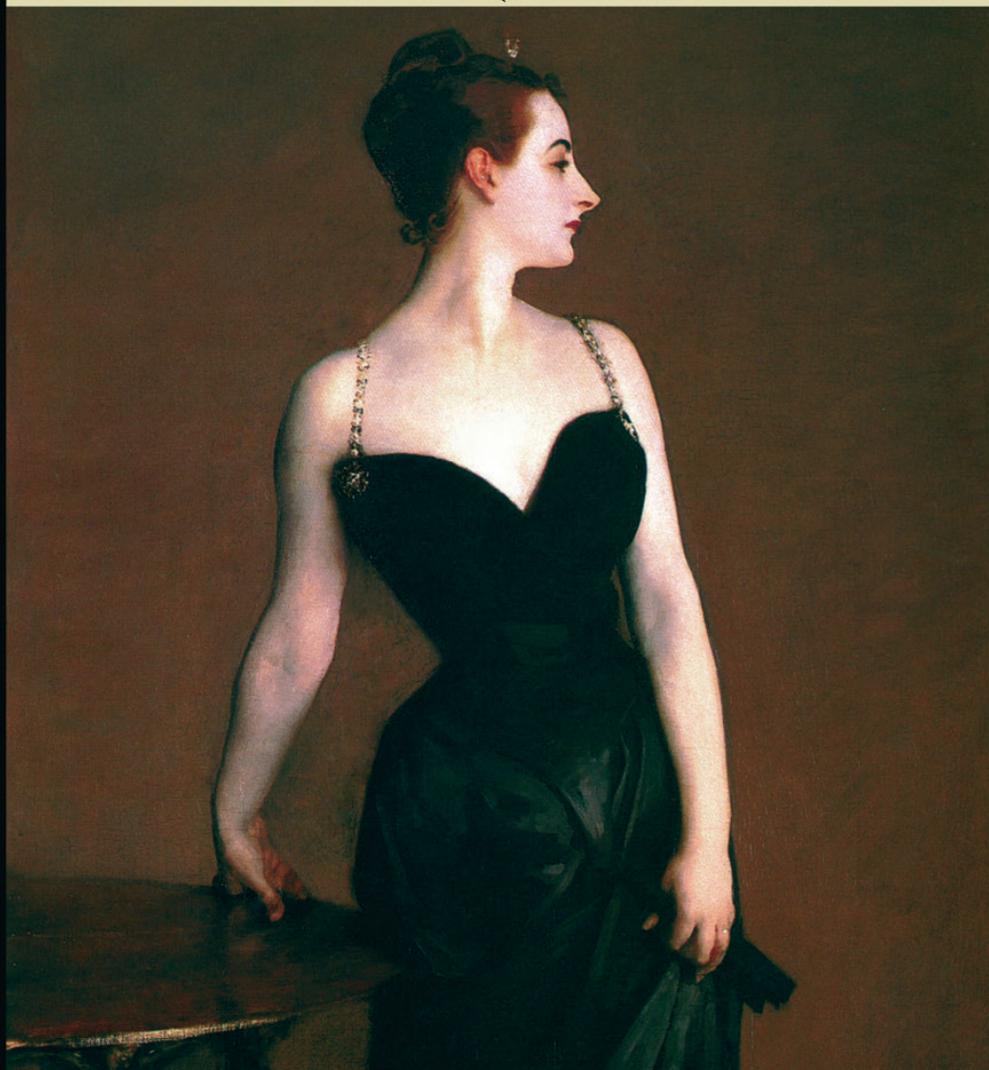


HENRY JAMES

Roderick Hudson

GRANDES CLÁSICOS  FUNAMBULISTA



Roderick Hudson

Henry James

Roderick Hudson

Traducción y postfacio de Pedro Calatayud

Con un prefacio del autor en apéndice



Primera edición: mayo de 2006

Título original: *Roderick Hudson*

© de la traducción y del postfacio, Pedro Calatayud, 2006
© de la traducción del prefacio de Henry James, B. Leboulleux y J.M. Lacruz, 2006
© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2006
c/ Alberto Aguilera, 8 28015 Madrid

www.funambulista.net

ISBN: 84-96601-10-2
Dep. Legal: M-

Coordinación editorial y diseño: Enrique Redel

Motivo de la cubierta: John Singer Sargent, *Madame Gautreau*, 1884
Metropolitan Museum of Art, Nueva York

Impresión y producción gráfica: Gesbiblo

Impreso en España

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

I

Rowland Mallet efectuó sus preparativos para zarpar hacia Europa el uno de septiembre, pero como entretanto disponía de un par de semanas libres, resolvió pasarlas con su prima Cecilia, viuda de un sobrino de su padre. Así lo decidió tras pensar que una despedida afectuosa podría contribuir a eximirlo de la acusación de abandono, la acusación favorita de dicha dama. No es que ella le disgustara al joven, al contrario. Le profesaba una tierna admiración, y no había olvidado la aparente congoja que sintió cuando su primo la trajo a casa tras la boda; fue como el súbito latigazo de una rama vacía de la que ha sido arrancada la fruta dorada. En ese mismo instante aceptó la perspectiva de su propia soltería. Tal como se verá —pues esto forma parte del entretenimiento que mostrará esta narración—, la verdad es que Rowland Mallet tenía una conciencia sensible hasta la incomodidad y, a pesar de parecer una paradoja, la razón principal de que escaseasen sus visitas a Cecilia se debía sobre todo a su persona y a sus desventuras. Sus desventuras eran tres: en primer lugar, haber perdido a su marido; en segundo lugar, haber perdido su dinero, o la

mayor parte de él; y en tercer lugar, vivir en Northampton, estado de Massachusetts. En realidad, la compasión de Mallet no se justificaba en absoluto, porque Cecilia era una mujer muy inteligente y sabía enfrentarse con habilidad a la adversidad. Había conseguido tener una casa encantadora, no sufría demasiadas estrecheces económicas y siempre había como un alegre aleteo entre los pliegues de su falda. Era el conocimiento de todo esto lo que desconcertaba a Mallet cada vez que sentía tentaciones de intervenir. Él tenía tiempo y dinero, pero nunca supo cómo poner con elegancia todos esos dones a disposición de Cecilia. Ya no sentía en absoluto deseos de casarse con ella; tal capricho había perecido de muerte natural durante aquellos ocho años. Con todo, la profunda inteligencia de Cecilia parecía en cierto modo dificultar cualquier intento de caridad y hacía imposible el menor paternalismo. Él se hubiera dejado cortar la mano antes que ofrecerle un cheque, un mueble funcional o un vestido negro de seda; y, sin embargo, le daba lástima ver a una mujer tan brillante y orgullosa llevar una vida hasta tal punto mezquina y gris. Cecilia tenía además propensión al sarcasmo, y su sonrisa, que era su mayor encanto, nunca era tan atractiva como cuando su discurso jovial escondía alguna pulla. Rowland recordaba que Cecilia era todo sonrisas frente a él, y sospechaba con incomodidad que no ayudaba mucho a que ella pudiera desplegar su sentido de la ironía. Así era, pues con sus recursos, su tiempo libre y sus oportunidades, ¿qué había hecho él? Albergaba una clara sospecha de su propia inutilidad. Cecilia, mientras tanto, confeccionaba sus propios vestidos y le daba personalmente a su hijita una educación digna de una princesa.

Esta vez, sin embargo, Rowland se presentó con mayor confianza en sí mismo, pues en lo que a la actividad se refería, se confirmaba al menos su viaje a Europa, y tenía la intención de pasar el invierno en Roma. Cecilia lo recibió poco antes del anochecer

frente a la cancela de su pequeño jardín, entre una estudiada combinación de aromas florales. Una sonrosada viuda de veintiocho años, medio prima, medio anfitriona, haciendo los honores en una fragante villa en plena tarde veraniega era una circunstancia que la imaginación del joven no podía dejar de apreciar. Cecilia siempre se mostraba cordial, pero aquella vez estaba especialmente exultante. Parecía muy alegre y Mallet imaginó que debía existir una razón íntima, una razón bien distinta del placer que le producía la visita de su distinguido pariente; se congratuló al día siguiente de poder averiguar la razón de todo aquello.

Por el momento y después del té, mientras se sentaban en el porche cubierto de rosas y Rowland sujetaba a la hijita de su prima entre las rodillas y ésta, aprovechándose de la situación, aguardaba con pena a que el reloj señalara la hora de acostarse, Cecilia insistió en hablar más de su visitante que de sí misma.

—¿Y qué piensas hacer en Europa? —preguntó con suavidad, haciendo un doblez en el volante de la manga, un gesto que para Mallet no hacía sino poner de relieve todas las dificultades escondidas en la pregunta.

—Bueno, más o menos lo mismo que aquí —respondió él—. ¡Nada malo!

—¿Es cierto —preguntó Cecilia— que aquí no haces nada malo? ¿Acaso un hombre como tú no hace algo malo cuando no está haciendo algo bueno?

—Tu cumplido es bastante ambiguo —dijo él.

—No lo es —respondió ella—. Ya sabes lo que pienso de ti. Tienes una disposición especial para la beneficencia. Es algo que, en primer lugar, forma parte de tu carácter. Eres una persona muy bien dispuesta. Pregúntale a Bessie si no la abrazas mejor y de manera más agradable que cualquier otro de sus admiradores.

—Me abraza mejor que el señor Hudson —declaró Bessie rotundamente.

Rowland, como no conocía al señor Hudson, pudo apreciar tan sólo a medias el elogio, y Cecilia continuó con su idea:

—Tus circunstancias, en segundo lugar, propician algo relacionado con la utilidad social. Eres inteligente y estás bien informado, y tu benevolencia, si puedo llamarla así, es muy perspicaz. Eres rico y estás ocioso, por lo que puedes prodigarte. Por eso digo que eres un hombre que debe aspirar a metas mayores. Muévete, querido Rowland, o acabaremos pensando que la virtud por sí misma es un mal ejemplo.

—¡No quiera Dios —exclamó Rowland— que sea yo quien dé ejemplos de virtud! Sin embargo, estoy bastante dispuesto a seguirlos, y si no he alcanzado mayores metas es porque mi talento es, en general, de carácter imitativo, y no he encontrado últimamente ningún modelo notorio de grandeza espiritual. ¿Qué debería hacer, pues? ¿Fundar un orfanato o construir una residencia de estudiantes para la Universidad de Harvard? No soy lo bastante rico para hacer ninguna de ambas cosas a lo grande, tal como se merecen, y confieso que me siento todavía y de momento demasiado joven para dar la campanada. Estoy preparado, eso sí, para recibir la inspiración. Y si ésta me llega a los cuarenta habrá sido cien veces lamentable el haber agotado mi billetero a los treinta.

—Bueno, entonces te doy de plazo hasta los cuarenta —dijo Cecilia—. Era sólo un comentario para quien quiera atenderlo, un aviso de que no se espera que vivas tu vida sin haber hecho algo noble en pro de tus semejantes.

Sonaron las nueve en el reloj, y con cada nueva campanada Bessie buscaba estrechar más el abrazo. Pero una sola palabra cariñosa de su madre deshizo sus sucesivos arrebujamientos. Se giró y besó a su

primo, depositando una irreprimible lágrima en su bigote. Se acercó entonces hacia su madre y le rezó las oraciones; resultaba evidente que había sido educada de manera admirable. Rowland, con el permiso de la anfitriona, encendió un puro y fumó durante un rato en silencio. El interés de Cecilia por su futuro parecía agradarle mucho. No pretendió en absoluto afirmar que Mallet no tuviera vanidad, pero habiendo precedentes en los que aceptó con apenas menos deferencia consejos mucho más perentorios que los de esta dama, cabía preguntarse qué había sido de su vanidad. Ahora, rodeado de un agradable aroma y a la luz de las estrellas, se dejaba llevar suavemente por el engreimiento. Tenía un proyecto relacionado con su viaje al extranjero y estaba a punto de comunicárselo a ella. No tenía nada que ver con hospitales o residencias de estudiantes y, con todo, habría sonado muy generoso. Pero no fue éste el motivo por el que pobre Mallet dejó que se desvaneciera entre el humo de su puro. A pesar de lo útil que pudiera llegar a ser, expresaba de manera demasiado imperfecta el concepto que el propio joven tenía de la utilidad. Él sentía una gran afición hacia todas las artes y disfrutaba con la pintura de manera casi apasionada. Había visto mucha pintura y la había juzgado con discernimiento. Se le ocurrió tiempo atrás que sería labor para un buen ciudadano el viajar al extranjero y adquirir con toda rapidez y discreción algunas muestras valiosas de las escuelas holandesa e italiana, respecto de las cuales hubiera recibido proposiciones en privado, y ofrecer entonces —así, sin más— sus tesoros a una ciudad de los Estados Unidos que no careciera de fama artística, pero en la que entonces hubiera una aspiración insatisfecha a disponer de un museo de arte. En su imaginación se había visto, más de una vez, en el viejo salón mohoso de un palacio florentino, orientando hacia las profundas jambas de una ventana algún Ghirlandaio o Botticelli apenas deslustrado, mientras un anfitrión empobrecido señalaba el hermoso dibujo con una mano.

Pero no comunicó ninguna de estas visiones a Cecilia, y las descartó de golpe al declarar que él era por supuesto un ser inútil y holgazán, y que probablemente lo sería aún más en Europa que en su país.

—La única diferencia —dijo—, es que allí *parecerá* que estoy haciendo algo. Estaré más entretenido y por ello, supongo, de mejor humor. Podrías decirme que ése es precisamente el humor que un hombre inútil debiera evitar; que debería cultivar el descontento. Hice una buena cantidad de cosas en mi anterior viaje a Europa, pero no pasé un invierno en Roma. Todo el mundo me ha asegurado que es un disfrute particularmente refinado; debes de haber observado el éxtasis casi mojigato con el que aquellos que lo han vivido hablan sobre ello. Sólo es evidentemente una especie de holgazanería con pretensiones: una vida pasiva allí, gracias al número y a la calidad de las impresiones que uno recibe, adquiere una respetable apariencia de actividad. Sigues siendo un indolente lotófago, sólo que al sentarte a la mesa, te sirven los lotos en porcelana rococó. Todo eso está muy bien, pero tengo una teoría clara al respecto, y es ésta: si la vida romana no contribuye de manera sustancial a hacerte sentir más feliz, es más que probable entonces que sirva para desquiciarte o trastornarte. Me parece imprudente que un alma sensible cultive de manera deliberada su sensibilidad paseando demasiado a menudo entre las ruinas del monte Palatino o montando a caballo a la sombra de unos acueductos que se desmoronan. Tales pasatiempos hacen tensar la fibra sensible que, el resto de la vida, y para preservar el nervio estético, debe jugar con él con un toque tan delicado como el que exhibía Mignon* al bailar la danza de los huevos.

* Mignon: una bailarina en *Wilhelm Meister* (1821), de Goethe, que ejecuta, con los ojos vendados, una complicada danza entre unos huevos colocados sobre una alfombra.

—¡Yo hubiera dicho, mi querido Rowland, reconociendo tu elocuencia —dijo Cecilia riéndose—, que tienes el nervio firme y que no romperías los huevos en el baile de Mignon!

—¿Quieres decir que siendo estúpido podría ser feliz? ¡Caramba, no soy tan feliz! Soy lo bastante inteligente para querer más de lo que tengo. Estoy cansado de mí mismo, de mis propios pensamientos, de mis propios asuntos, de mi eterna compañía. La verdadera felicidad, según nos dicen, consiste en salir de uno mismo. Pero la cuestión no es tan sólo salir, sino mantenerte fuera, y para poder mantenerte fuera debes tener alguna misión absorbente. Por desgracia, yo no tengo una misión, y nadie me confiará ninguna. Quiero cuidar de algo o de alguien. Y quiero hacerlo, ¿no te das cuenta?, con una cierto brío. Incluso, si puedes creerlo, con cierta pasión. Ahora mismo no puedo mostrar brío ni apasionamiento hacia un hospital o una residencia de estudiantes. ¿Sabes que a veces pienso que soy un hombre de un talento a medio terminar? El talento se ha quedado afuera, la capacidad de expresión es defectuosa; pero la necesidad de expresión permanece allí, y me paso los días buscando a tientas el pasador de una puerta cerrada.

—¡Qué ingente cantidad de palabras —dijo Cecilia tras una pausa— para decir que quieres enamorarte! No dudo de que para eso tienes un talento tan bueno como el de cualquiera, si tan sólo confiaras un poco más en ello.

—Por supuesto que lo he pensado, y te aseguro que estoy preparado. Pero evidentemente no me siento a punto de arder. ¿Habita por casualidad en Northampton algún perfecto arquetipo de las Gracias?

—¿De las Gracias? —dijo Cecilia, arqueando las cejas y eliminando la conciencia bien clara de ser ella misma una perfecta personificación de varias de ellas—. Las virtudes domésticas, en

todo su rigor, están muy bien representadas. Hay algunas jóvenes excelentes, y hay dos o tres chicas muy hermosas. Las traeré a tomar el té, una por una, si tú quieres.

—Eso concretamente debería gustarme; sobre todo porque te daría la oportunidad de ver, por la profundidad de mis atenciones, que si no soy feliz no es por voluntad de sufrir.

Cecilia guardó silencio brevemente, y luego volvió a hablar:

—En general, no creo que sirva de nada crearte expectativas al respecto. Has visto ejemplos tan buenos como los que podemos mostrarte.

—¿Estás muy, muy segura? —preguntó el joven, alzando y arrojando la colilla de su puro.

—¡Caramba! —alzó la voz Cecilia—. ¡Podría parecer que quiero guardarte para mí! Por supuesto que estoy muy, muy segura. Pero, como castigo a tus insinuaciones, invitaré a la doncella menos agraciada y más aburrida que se pueda encontrar. ¡De ésas tenemos un buen surtido!, y te dejaré a solas con ella.

Rowland sonrió.

—Incluso ante ella —dijo él—, lamentaría no llegar a nada hasta que le hubiera prestado mi más respetuosa atención.

Esta pequeña profesión del ideal caballeresco (que dio fin a la conversación) no sonaba tan extravagante en sus labios como lo hubiera hecho en los de cualquier otro hombre, como una rápida ojeada a sus antecedentes ayudará a entender al lector. En su vida se habían producido muchas cosas en que lo duro se mezclaba con lo agradable. Provenía de una rígida familia puritana y había sido educado para prestar mucha más atención a los deberes de nuestra peregrinación terrenal que a sus privilegios y placeres. Sus progenitores se habían sometido, en materia de dogmas teológicos, a influencias más relajadas de tiempos más recientes; pero si la con-

ciencia juvenil de Rowland no se sentía aterida ante la amenaza de prolongados castigos por pequeñas transgresiones, al menos podía sentir que, entre todas las cosas, corría una veta de bien y de mal tan diferente en su complexión como la textura, en un sentido espiritual, de los domingos y de los días de entre semana. Su padre, digno brote del primigenio tronco puritano, había sido un hombre de sonrisa gélida y semblante pétreo. Siempre había ofrecido a su hijo, en principio, más ceños fruncidos que sonrisas, y si el muchacho no se había quedado petrificado era porque la Naturaleza lo había bendecido por dentro con una fuente de aguas vivificadoras. La señora Mallet había sido antes la señorita Rowland, hija de un capitán de navío retirado que llegó a ser conocido entre las tripulaciones de los barcos que zarpaban desde Salem o Newburyport. Había traído a puerto numerosos cargamentos, que remataron el edificio de una fortuna ya casi descomunal, pero también había emprendido con sagacidad alguna pequeña actividad comercial por su cuenta y se encontraba en condiciones de retirarse, de manera prematura para alguien con tanta capacidad marinera, gracias a una pensión que él mismo se había procurado. Durante un año fue visto en los embarcaderos de Salem, fumando el mejor de los tabacos y contemplando el horizonte marino de forma tan inveterada que algunas mentes superficiales lo interpretaron como un signo de arrepentimiento. Una tarde, finalmente, desapareció en el mar como a menudo había hecho antes. Esta vez, sin embargo, no como oficial encargado de la navegación sino como simple aficionado a un cambio crucial que, probablemente, se revelaría opresivo para el oficial al mando del barco. Cinco meses más tarde su hogar lo volvía a recibir al tiempo que conocía a una bella y pálida joven, de curvas redundantes, que hablaba una lengua extranjera. La lengua extranjera, después de muchas investigaciones contradictorias, resultó ser el idioma de

Ámsterdam; y la joven, aún una extraña, la esposa del capitán Rowland. Cuál era la razón por la que de una manera tan repentina había cruzado el mar para casarse con ella, qué había sucedido entre ellos antes y saber —aunque era de una corrección cuestionable para un buen ciudadano desposar a una joven de misterioso origen que se peinaba el pelo formando unas trenzas increíblemente elaboradas, y cuya «figura» descollaba tan llamativa en su aspecto— si no hubiera supuesto una pesada carga sobre su conciencia el haber seguido siendo un irresponsable soltero, eran todas ellas preguntas que, junto a muchas otras, entrañaban distintos grados de urgencia y que fueron muchas veces planteadas pero pocas respondidas, y esta historia no necesita cargar con el peso de resolverlas. La señora Rowland, aun siendo una mujer tan hermosa, demostró ser una vecina apacible y una excelente ama de casa. No obstante, su aspecto extremadamente lozano aparecía siempre envuelto en un aire de apática añoranza, e interpretó su papel en la sociedad americana sobre todo manteniendo los pequeños recuadros de ladrillo en el pavimento frente a su morada bien fregados y pulidos, guardando el mayor parecido posible con las baldosas holandesas. Rowland Mallet recordaba haberla visto de niño: una dama inmensamente robusta de rostro blanco, que lucía una cofia alta de rígido tul, que hablaba inglés con un tremendo acento y sufría de hidropesía. El capitán Rowland era un hombre pequeño, bronceado y arrugado, de opiniones excéntricas. Abogó por la creación de un paseo público junto al mar, con pérgolas y pequeñas mesas de color verde donde tomar cerveza, y una plataforma para el baile, rodeada de linternas chinas. Deseó sobre todo que la biblioteca municipal abriera los domingos, aunque dado que él nunca la visitó entre semana, resultaba fácil ridiculizar dicha propuesta. Por lo tanto, si la señora Mallet era una mujer de un exquisito talante moral no era porque hu-

biera heredado su carácter de unos antepasados con inclinación a la casuística. En el momento de su matrimonio, Jonas Mallet dirigía con silenciosa sagacidad un pequeño negocio poco prometedor. Tanto su sagacidad como su silencio aumentaron con los años, y al final de su vida era un caballero extremadamente bien vestido y peinado, con una gélida mirada gris, que no le decía gran cosa a nadie, pero de quien todo el mundo decía que tenía una muy considerable fortuna. No era un padre sentimental, y la aparición en la vida de Rowland de la dureza a la que ya me he referido, data de su temprana niñez. Siempre que miraba a su hijo, el señor Mallet sentía un remordimiento extremo por haber hecho fortuna. Recordaba que la fruta no había caído madura del árbol en su boca, y decidió que no sería por él si el lujo corrompía al chico. Por consiguiente, Rowland, con excepción de una buena cantidad de costosas clases de lenguas extranjeras y ciencias abstrusas, recibió la educación del hijo de un hombre pobre. Su alimentación era sencilla, a su carácter le resultaba familiar la disciplina de los pantalones remendados, y sus hábitos estaban marcados por una exagerada simplicidad que en realidad se mantenía a un alto coste. Se le desterró en el campo durante meses enteros, en medio de criados que tenían órdenes estrictas de cuidar que no sufriera ningún daño grave, pero que tenían estrictamente prohibido servirle. Dado que no se pudo encontrar ningún colegio cuyas normas fueran lo bastante estrictas, fue educado en casa por un profesor que había pedido unos elevados honorarios (elevados a juicio de Jonas Mallet) sobre la base de que iba a ilustrar sobre la belleza de la abstinencia no solamente de palabra, sino también con los hechos. Rowland pasaba por ser un chico normal y, ciertamente, durante sus años más mozos, fue una excelente imitación del chico (como la mayoría de ellos) que no ha heredado nada en absoluto para hacer que su presencia sobre la Tierra brille

desde lejos. Era pasivo, acomodaticio, sincero, de lo más moroso con sus libros y desmesuradamente aficionado a la pesca de truchas. Su cabello, un recuerdo de su ascendencia holandesa, tenía el más rubio de los tonos del amarillo; su piel era absurdamente sonrosada y la medida de su cintura era, cuando tenía unos diez años, inquietantemente grande. Ello, sin embargo, no fue más que una etapa en su crecimiento. Más tarde se convirtió en un hombre de aspecto lozano y barbado, y nunca se le achacó mayor inconveniente que el de una varonil corpulencia. Emergió de la infancia como un muchacho sencillo, saludable y de ojos redondos, sin sospechar que podría haberse tomado un camino menos tortuoso para hacerle feliz, pero con la vaga sensación de que su experiencia juvenil no era un adecuado ejemplo de libertad humana y de que iba a realizar muchos y grandes descubrimientos. Hacia los quince años de edad realizó uno de trascendental importancia. Decidió que su madre era una santa. Ella siempre había sido una presencia muy notoria en su vida, pero de una amabilidad tan intensa que él solo fue plenamente consciente de ello ante el peligro de perderla. Sufrió una enfermedad que durante muchos meses amenazó con llevársela de este mundo, y en el transcurso de su larga convalecencia se quitó la máscara que durante años se había colocado por orden de su marido. Rowland pasó los días a su lado y pronto se sintió como si hubiera hecho un nuevo amigo. Todas sus impresiones de este período iban a ser comentadas e interpretadas despreocupadamente en el futuro, y fue sólo entonces cuando entendió hasta qué punto su madre había sido durante quince largos años una mujer profundamente infeliz, y su matrimonio un error irreparable al que durante toda su vida había tratado de mirar a la cara. No había encontrado nada que oponer a la rígida y coherente voluntad de su marido, excepto la apariencia de una absoluta conformidad; su coraje se había hundi-

do, y durante un tiempo vivió en una especie de letargo espiritual. Pero al fin, mientras su niño dejaba atrás la infancia, había comenzado a encontrar cierto encanto en la paciencia, en descubrir la utilidad de la inventiva y en aprender que de una manera u otra, uno siempre puede arreglar su vida. Desde entonces en adelante había cultivado una pequeña parcela de sentimientos independientes, y de este recinto privado le había dado las llaves a su hijo antes de morir. La asignación de Rowland en la universidad apenas alcanzaba para mantenerle decentemente, y aunque a pesar de ello consiguió el título, fue mandado a la contaduría de su padre para realizar labores monótonas a cambio de un estipendio acorde. Durante tres años se ganó la vida con la misma regularidad que el oscuro empleado vestido de franela que barría el local. El señor Mallet era constante, pero el alcance de su constancia sólo se conoció a su muerte. No dejó sino un tercio de sus bienes a su hijo, legando el resto a varias instituciones públicas y asociaciones caritativas locales. El tercio de Rowland era suficiente para vivir con mucha comodidad, y nunca sintió ni por asomo envidia de los otros herederos; pero cuando una de las instituciones que había resultado más beneficiada por el testamento de su padre se acordó de declarar la existencia de un documento posterior en el que había sido dotada aún más generosamente, el joven sintió una repentina y apasionada necesidad de rechazar la demanda judicialmente. Fue una dura contienda, pero hizo prevalecer sus derechos, e inmediatamente después hizo donación a otras entidades de la suma en disputa. No le importaba el dinero, pero había sentido el vivo deseo de protestar contra un destino que parecía determinado tan sólo en serle salutífero. Le pareció que bien podría soportar unos pocos caprichos. Y aun así se regaló muy pocos lujos y se sometió sin reservas a la gran disciplina nacional que comenzó en 1861. Cuando estalló la Guerra de Secesión, le

fue inmediatamente concedido el grado de oficial, cumpliendo tras ello sus obligaciones durante los tres primeros largos años, a base de mucho apretar los dientes. Sus obligaciones resultaron ser modestas en su mayoría, aunque siempre conservó una clara satisfacción íntima al recordar que, en dos o tres ocasiones, se había comportado, si no gloriosamente, sí al menos con notable decoro. Se había desvinculado por propia iniciativa de los negocios, y tras la guerra sintió una profunda aversión por recomponer de nuevo sus duros y rotos hilos. No sentía ningún deseo de hacer dinero, ya tenía bastante; y aunque sabía, y le recordaban con frecuencia, que lo mejor para un joven es una ocupación fija, no alcanzaba a percibir las ventajas que para su alma supondría dirigir un negocio lucrativo. Con todo, pocos jóvenes con recursos y tiempo libre hicieron nunca tan poco alarde de ociosidad, y, de hecho, difícilmente podía acusarse de ociosidad de ningún tipo a un personaje que afrontaba la vida de la manera consciente, seria y razonable de nuestro amigo. A menudo le parecía a Mallet carecer por completo del principal requisito del experto *flâneur*: la sencilla, sensual y confiada degustación del placer. Sufría frecuentes accesos de melancolía, en los que declaraba no ser carne ni pescado. El suyo no era un carácter irresponsablemente contemplativo ni sólidamente práctico, y siempre buscaba en vano la utilidad en las cosas que proporcionaban satisfacción y el atractivo en las cosas que proporcionaban sustento. Era una difícil mezcla de moral y curiosidad estética, y sin embargo hubiera sido un reformador ineficaz y un artista indiferente. Le parecía que el fulgor de la felicidad debe ser encontrado, o bien en alguna clase de acción plenamente intensa en defensa de un ideal, o bien creando una obra maestra en cualquier campo del arte. Más a menudo, quizá, deseó haber sido un vigoroso joven de talento sin un centavo. Siendo como era, tan solo podía comprar pinturas y no pintarlas, y en ma-

teria de acción se tenía que contentar con formarse un criterio para hacer estricta justicia a las delicadas pinceladas del comportamiento de otros. En general, poseía una modestia incorruptible. Con su aspecto saludable y sus tranquilos ojos grises sentía el roce de la existencia más de lo que se suponía; pero no pedía tolerancia en razón de su temperamento, aceptaba que el destino lo había tratado desmedidamente bien y que no tenía justificación en adoptar una visión maliciosa de la vida, y pasó a pensar que todas las mujeres eran honestas, todos los hombres valientes y el mundo una morada encantadora, hasta que lo contrario se demostrara de manera irrefutable.

El floreciente jardín de Cecilia y su umbroso porche le habían parecido tan acogedores para reposar y fumarse un puro que, a la mañana siguiente, Cecilia le reprochó su indiferencia hacia su pequeño y ordenado salón, que era, en no menor medida y a su manera, un monumento a su ingenioso gusto.

—Y a propósito —añadió mientras él la seguía adentro—, si anoche me negaba a presentarte a una hermosa joven, puedo al menos presentarte a un chico extraordinariamente guapo.

Abrió una ventana y señaló una estatuilla que ocupaba un lugar de honor entre los ornamentos de la habitación. Rowland la miró un momento y después se volvió hacia ella con una exclamación de sorpresa. Ella lo miró un instante, se dio cuenta de que la estatuilla era de notable interés, y sonrió entonces de manera cómplice, como si para ella fuera algo ya conocido.

—¿Quién diantre lo hizo y de qué manera la conseguiste?

—Ah —dijo Cecilia, regulando la luz—, es una cosita del señor Hudson.

—¿Y quién diablos es el señor Hudson? —preguntó Rowland—. Pero se encontraba absorto; no escuchó la inmediata

respuesta. La estatuilla, en bronce, de algo más de sesenta centímetros de alto, representaba a un joven desnudo bebiendo de una calabaza. La actitud era sencilla por completo. El muchacho se encontraba perfectamente plantado sobre sus pies, con las piernas un poco abiertas; la espalda estaba ligeramente abombada, la cabeza echada hacia atrás; las manos se alzaban para sostener la tosca copa. Portaba una holgada cinta de flores alrededor de la cabeza, y los ojos, por debajo de sus párpados caídos, miraban directamente hacia la copa. En la base aparecía grabada la palabra griega *Αἴψα*, «Sed». La figura podría haber sido algún hermoso joven de una antigua fábula (Hilo o Narciso, Paris o Endimión). Su belleza era la belleza del movimiento natural; no se había buscado representar nada más que la perfección de una postura. Había sido estudiado con atención y reproducido con una encantadora veracidad. Rowland pidió más luz, dejó caer la cabeza hacia un lado y el otro, emitió vagas exclamaciones. Se dijo a sí mismo, como se lo había dicho más de una vez con anterioridad en el Louvre y en El Vaticano: «Nosotros, feos mortales, ¡qué hermosas criaturas somos!».

Desde hacía mucho tiempo nada le había causado tal placer.

—Hudson, Hudson —preguntó de nuevo—. ¿Quién puede ser Hudson?

—Un joven de esta misma localidad —dijo Cecilia.

—¿Un joven? ¿Qué edad tiene?

—Supongo que veintitrés o veinticuatro.

—De esta misma localidad, has dicho. ¿De Northampton, Massachusetts?

—Vive aquí, pero su familia es de Virginia.

—¿Es entonces escultor de profesión?

—No, no. Está estudiando Derecho.

Rowland rompió a reír.

—Ha encontrado en Blackstone algo que yo nunca hallé. ¿Entonces hace estatuas como ésta simplemente para su disfrute?

Cecilia, con una sonrisa, meneó ligeramente la cabeza.

—¿Quizá las hace a veces para mí!

—Te felicito —dijo Rowland— por tener un proveedor tan generoso. Me pregunto si se le podría inducir a hacer algo sólo para un hombre.

—¿Para ti? Bueno, eso fue por amistad. Vi la figura cuando la había modelado en barro, y por supuesto me quedé admirada. No dijo nada en aquel momento, pero hace una semana, el día de mi cumpleaños, llegó en una calesa, con el tesoro envuelto en un trozo de manta vieja. Le realizaron el vaciado en la fundición de Chicopee; me parece una hermosa pieza de bronce. Me rogó, de la manera más natural del mundo, que la aceptara.

—¡Caramba! ¡Tiene una espléndida concepción del desnudo! —dicho lo cual, Rowland se dejó caer de nuevo en la contemplación de la estatuilla.

—¿Es entonces, de verdad —dijo Cecilia—, una obra realmente excepcional?

—Vaya, mi querida prima —contestó Rowland—, el señor Hudson de Virginia es un extraordinario... —y se detuvo de repente—. ¿Es muy amigo tuyo? —preguntó.

—¿Muy amigo? —Cecilia dudó—. Lo considero prácticamente un niño.

—¿Bueno —dijo Rowland—, pues es un niño muy precoz! Háblame de él. Me gustaría conocerle.

Cecilia debía asistir a la clase de música de su hija, pero garantizó a Rowland que le concertaría un encuentro con el joven escultor. Era un visitante asiduo, y dado que durante algunos días no lo había hecho, era bastante posible que viniera aquella tarde.

Rowland, una vez solo, examinó la estatuilla a su gusto, y volvió más de una vez durante el día para echarle otra mirada. Descubrió sus puntos débiles, pero la esencia de su encanto era de lo más sutil. Había tomado forma alentado por el genio. Rowland envidió la alegre juventud que en un pueblo de Nueva Inglaterra, sin ayuda ni estímulo, sin modelos ni ejemplos, había encontrado tan fácil producir una obra encantadora.

II

Por la tarde, mientras fumaba un puro en el porche, escuchó unos pasos ligeros y presurosos en el sendero de gravilla del jardín, y un momento después un joven se inclinaba ante Cecilia. Fue un saludo con la cabeza más que una inclinación, lo cual indicaba que se trataba de un amigo íntimo o que conocía poco los modales que imperaban en sociedad. Cecilia, que estaba sentada cerca de los escalones, le señaló con un gesto una silla cercana, pero el joven se sentó bruscamente en el suelo junto a sus pies, comenzó a abanicarse vigorosamente con el sombrero y prorrumpió en una enérgica diatriba contra las altas temperaturas.

—¡Estoy chorreando! —dijo sin más ceremonia.

—Caminas demasiado rápido —dijo Cecilia—. Todo lo haces demasiado rápido.

—¡Lo sé, lo sé! —gritó él, pasando una mano entre su abundante cabello negro y haciendo resaltar una mata pintoresca—. ¡No puedo ir despacio aunque lo intente! Hay algo dentro de mí que me empuja. ¡Un demonio de agitación!